

PROSCENIO

Estreno en el Reina Victoria de LA GUERRA EMPIEZA EN CUBA

La farsa cómica de Victor Ruiz Iriarte, ampliamente celebrada, aplaudida en varias ocasiones, amén de las ovaciones largas que siguieron al final de sus dos actos, fué, como queda indicado, un gran éxito. No creemos que el autor se haya propuesto rebasar los límites de la farsa cómica, derivada de una situación argumental que tiene viejísimo abolengo en el teatro, derivado de los «Menecmi» de Plauto, con el ingenio, la travesura teatral de las situaciones y con el aditamento de un diálogo finamente gracioso. Esto, que puede parecer poco, al crítico le parece mucho, pues son legión los empeños que no llegan a esta consecución de Ruiz Iriarte, y en este sentido podemos hablar de una obra plenamente conseguida.

Arranca «La guerra empieza en Cuba», y se sostiene al cabo de los dos actos, realizado el último mediante la fusión de lo que habitualmente suelen ser segundo y tercero, con mengua de la entidad de los dos como piezas separadas, de la confusión de una pareja de hermanas, de caracteres opuestos, como es lógico, y de situaciones sociales diversas y contrapuestas, de modo que el equívoco acarree situaciones comprometidas y lances abundantes. Ruiz Iriarte ha añadido además una duplicación del enredo principal en otra parejita cómica de gemelas, a cuyo cargo está la repetición irónica como contrapunto de la principal y como aliviadero divertido de los vanos inevitables de la misma, aunque sólo sean los que se deriven de la necesidad del cambio de traje de la actriz que encarna los dos papeles principales. Todo ello está dosificado y medido dentro de una verosimilitud teatral, que dentro de las licencias de la farsa quiere decir que están ya en la frontera de la inverosimilitud. Pero teatralmente, con el aditamento de las condiciones también teatrales de la obra, el enredo resulta fino, eficaz y divertido, mientras que los restantes personajes se equivocan y rectifican sus equivocaciones y sus asombros correspondientes entre el regocijo del público.

Dentro de la farsa cómica, ninguna imprecisión tiene demasiada importancia, por lo que no hemos de parar mientes en las que de tipo histórico se cometen en la ambientación y en las alusiones temporales. Soberana de España no hubo desde 1868 hasta la Regencia de doña María Cristina en 1885, y fué precisamente en ese lapso intermedio cuando el general Martínez Campos fué a Cuba a terminar la primera guerra cubana. La decoración y el vestuario más bien están cerca del fin de siglo que de treinta años atrás. Ningún capitán de la época (a no ser del clero castrense) iría tan desprovisto de adornos capilares como va José Bódalo. Pero estos ti-

quisimiquis pierden toda su importancia en los límites del teatro, sobre todo en los de la farsa cómica. Dentro de ellos, nos complace registrar que la que anoche estrenó Ruiz Iriarte no tiene peros apreciables.

La dirección fué directamente operante en el éxito registrado. Tina Gascó, con su dominio y flexibilidad escénica, pudo dar cima a su doble papel con prestancia. Luisa Rodrigo compuso un extraordinario tipo. La parejita de gemelas Gracita Morales y Lolita Gómez, la primera sobre todo, estuvo francamente deliciosa. Y el resto de los papeles, muy matizado y distinto, que corresponde a los graciosos personajes de la obra, alcanzó un señalado éxito de conjunto. María Luisa Ponte, Ana de Leyva, Julia María Butrón, José Bódalo —con su gran simpatía humana—, Miguel Angel, Julio Sanjuán, Enrique Avila y Carlos Mendy pueden enorgullecerse de haber contribuido al resultado general y ganar parte importante en los aplausos sinceros, calurosos, que correspondieron al éxito de Ruiz Iriarte.

VALENCIA